

La filosofía italiana contemporánea

LUIS PAREYSON

Universidad Nacional de Cuyo

No es fácil trazar brevemente un cuadro completo de la filosofía italiana contemporánea. Las corrientes son tan numerosas y las individualidades tan definidas que todo lineamiento asumiría forzosamente el aspecto de una esquematización artificial, destinada a deformar o cercenar alguna de las partes vivas de este conjunto tan diverso y complejo. Podría decirse, por ejemplo, que las corrientes de la filosofía italiana contemporánea son cuatro: espiritualismo, existencialismo, problematicismo y tomismo. Pero, presentado de esta manera, el cuadro sería fundamentalmente falso, ya sea porque cada una de estas corrientes se resuelve a su vez en una gama de matices que se perderían en la denominación común, ya porque ellas interesan especialmente en cuanto se las considera como puntos de llegada formados a expensas de partes extremadamente diversas y a través de caminos claramente diferenciados, sea, en fin, porque una vez puestos en actitud de recurrir a simplificaciones se podría presentarlas como líneas de fuerzas opuestas, lo cual si bien caracteriza la situación general de la cultura de hoy, especialmente en los países europeos, llevaría el discurso demasiado lejos, envolviéndolo además en complicaciones extrafilosóficas. También podría buscarse el significado general de la situación actual de la filosofía italiana y afirmar que éste consiste en la crisis del idealismo, pero semejante esquema no obstante ser parcialmente exacto es demasiado simple para ser verdadero. En efecto, por una parte, el idealismo, a pesar de haber sido durante mucho tiempo la filosofía dominante, no puede decirse que haya sido la única, porque, sordamente y en tono menor, éste se vió acompañado de un aflorar de corrientes que se iban vigorizando a medida que aquél declinaba, y por la otra, los aires antiidealistas a los que se asiste hoy, nunca han llegado al grado de negar algunos

de los resultados del idealismo, sino que más bien en gran parte los aceptan, consciente o inconscientemente, dándoles cabida en nuevas formas de pensamiento. Luego, así como no era sólo idealista el pensamiento filosófico italiano de ayer, tampoco es del todo antiidealista el pensamiento italiano de hoy. En esta breve síntesis, cuya finalidad consiste en delinear las filosofías actuales, prefiero referirme, pues, aunque de modo sumario y alusivo, a sus génesis, invitando a verlas germinar como formas vivas y singulares en su ambiente originario, el que las ha favorecido desde su nacimiento, las ha acompañado en su desarrollo y les ha asegurado su expresión más original y definitiva. La brevedad del tiempo no me permitirá completar el cuadro con una adecuada exposición de los problemas y de las soluciones, con una conveniente discusión de su significado histórico y de su importancia especulativa, y correrá el riesgo de parecer quizás sólo una sucesión de nombres y de cosas, pero lo propongo como esquema de un tratamiento que eventualmente podrá ser ampliado, seguro como estoy de que el lugar asignado a cada uno de los pensadores de quienes me ocupo es el mejor para explicar la índole personal y auténtica de su pensamiento, su carácter profundo y a veces oculto, su alcance histórico y aun teorético.

En general, en todos los países, pero especialmente en los europeos, la situación cultural en esta primera mitad del siglo resulta escindida entre las fechas de las dos guerras que aproximadamente la dividen en tres períodos: una primera veintena que se cierra con el fin de la primera guerra mundial; una segunda que se extiende entre ambas guerras; y la situación actual caracterizada principalmente por la conciencia de estar en una postguerra. Ahora bien, este quinto decenio que estamos viviendo representa, por su carácter tumultuoso y por la multiplicidad de las corrientes en contraste, una especie de balance de las veintenas precedentes y una prueba de la validez de las filosofías que se han desarrollado en ellas.

En Italia, como se sabe, el primer veintenio se ha caracterizado por la vivaz polémica de una nueva cultura que surgía contra la cultura aún válida y eficaz de fines del siglo pasado. Era el idealismo y el espiritualismo que se erguían contra el positivismo: una cultura que, por una parte, retomaba a la luz de nueva problemática, no extraña a una experiencia marxista, aquellos motivos hegelianos que ya habían obrado de manera singular en el *Risorgimento* italiano; y

por otra, intentaba restaurar la irreductible originalidad de la vida espiritual, amenazada por el cientificismo, oponiéndose a la cultura positivista con la intención de alcanzar una renovación cultural y política capaz de recuperar los valores espirituales y nacionales. Frente a los desarrollos de los epígonos del positivismo surgieron, en los primeros veinte años, varias formas de idealismo y espiritualismo, formas que no siempre se hallaron en armonía pese a serles común el intento de luchar contra la cultura positivista, porque el idealismo de origen hegeliano, mucho más combativo y resuelto, situaba en las filas de sus propios enemigos a ese mismo espiritualismo al que le unía la polémica antipositivista. En el segundo veintenio se asiste al triunfo de la cultura idealista y al desarrollo de las corrientes espiritualistas: por una parte, la difusión de la filosofía crociana en la cultura común y la radiación de la filosofía gentiliana en una multiplicidad de corrientes; y por otra, aunque en tono menor, el despliegue de las otras tradiciones en nuevos desenvolvimientos e interpretaciones que entraron en polémica —ya irreductible, ya fructuosa para ambas— con la filosofía dominante, pero que en todos los casos fueron directa o indirectamente determinadas por ella. El último decenio, contiene, pues, los desarrollos de todas estas corrientes variadamente entrelazadas y probadas en su recíproco contacto, y enriquecidas más tarde por su relación con los últimos resultados de la filosofía europea y americana. Los nuevos acercamientos y aquellos intercambios traen aparejados una serie de eliminaciones, neutralizaciones, compulsas y aportes que, con la instauración de más adecuadas perspectivas, llevan consigo una extrema variedad de tendencias, difícilmente reductibles bajo títulos comunes y precisamente por esto influyéndose recíprocamente en fecunda polémica.

Sin dejar de tener en cuenta este cuadro histórico, buscaré ahora seguir las corrientes singulares en su desarrollo para reconstruir, de algún modo, la situación actual y hacer entender su significado mediante una derivación genética. Será precisamente la filosofía del primer veintenio la que podrá ofrecernos, además del punto de partida, el bosquejo para esta tentativa de reconstrucción: fué este, en efecto, el momento en que la filosofía de los epígonos del positivismo resultó superada por el espiritualismo de Varisco y de De Sarlo, el idealismo de Martinetti y sobre todo el neohegelianismo de Croce y Gentile. No me detendré naturalmente sobre estas filosofías que, en

sus grandes líneas, se desarrollaron durante el primer veintenio y que son conocidas por todos, sino para derivar aquellas curvas de desarrollo que sirvan para la reconstrucción de la situación presente.

Bajo los ataques de la nueva cultura, el positivismo, que en el primer decenio del siglo era válido e imperante, sostenido todavía por un maestro como Roberto Ardigó, fué perdiendo poco a poco su vigor, lo que se vió acentuado por el hecho de que algunos de sus defensores se separaron de la fórmula positivista para tomar nuevos rumbos bajo estímulos de variada procedencia. De esta manera, en el segundo veintenio, se asiste a los siguientes desarrollos: mientras Erminio Troilo fué el único que quiso mantenerse positivista, Giuseppe Tarozzi pasó, a través de una consideración atenta del contingentismo, a una forma de espiritualismo teísta; Antonio Renda se constituyó en jefe de una forma de realismo espiritualista; y Adelchi Baraton, bajo la influencia del kantismo, propuso una concepción estética de la metafísica basada sobre la existenciación sensible del valor.

Pero si de tal modo el positivismo, desde el segundo veintenio, se eclipsó completamente para la cultura italiana, ahora, en este último decenio, se asiste a un renovado interés por las cuestiones de epistemología y metodología que algunos suelen incluir bajo el nombre común de neopositivismo. No faltó quien a lo largo de los dos primeros veintenios contrapusiese tenazmente a la sistemática actitud anticientífica del idealismo un interés constante por los estudios de filosofía de la ciencia: en este campo se distingue Annibale Pastore, creador de una original "*logica del potenziamento*" y maestro entre cuyos discípulos figura Ludovico Geymonat, quien está hoy ilustrando, y con agudeza precisamente, las doctrinas del neopositivismo y de la metodología.

Como es sabido, fué el idealismo de Croce y de Gentile el que determinó la irreparable declinación del positivismo. Si bien puede decirse que la filosofía de Benedetto Croce estaba toda ella ya desarrollada, por lo menos en sus grandes líneas, en el primer decenio de este siglo, su influencia fué tal que se ha ido prolongando directamente hasta hoy, bajo la acción de la constante laboriosidad de su

autor, quien, durante estos últimos cincuenta años, ha influido sobre la cultura italiana a través de las páginas de su revista *Critica* y de los múltiples volúmenes que ha venido publicando. Quizás Croce no haya iniciado una verdadera y propia escuela filosófica, ni se haya propuesto crearla, dado que la mayor parte de los que se presentan como adictos o continuadores de su doctrina no son filósofos de profesión, pero no hubo en Italia filósofo que no probase sus quilates en los mismos problemas suscitados por Croce y en las soluciones propuestas por él, y toda la cultura estuvo y está aún impregnada de crocianismo, al extremo de que muchas de las tesis crocianas han llegado a ser lugares comunes de la cultura corriente y juicios habituales en los tratados, hasta en aquellos de carácter manual, lo cual atestigua precisamente su eficacia y su capacidad de difusión. Así, De Ruggiero, quien tanto contribuyó en favor de las relaciones culturales ítalo-argentinas y cuya presencia en este Congreso se ha visto dolorosamente impedida por su prematuro fin, actualizó esos criterios en el campo de la historiografía filosófica; Omodeo en los estudios históricos; Antoni en los problemas de historiografía; Flora, Russo, Momigliano, con originales intentos, en lo que respecta a la crítica literaria; Venturi en la crítica de arte; Rostagni en la filología clásica; y no faltaron ni faltan tampoco las aplicaciones políticas. De suerte que la presencia de Croce en la actual situación cultural italiana ha de buscarse no sólo en su persistente actividad (como la de participar, si no con su presencia al menos con su colaboración, en este Congreso) sino también en la validez que sus tesis han recibido en los diversos campos de la cultura, al punto de determinar hasta las doctrinas de los que se le oponen.

Gran influencia, aunque en otro terreno y de otro modo, ha ejercido el pensamiento de Gentile, cuya filosofía puede considerarse totalmente desarrollada en el segundo decenio del siglo. En efecto, si después influyó en la cultura italiana como ministro y director de la *Enciclopedia italiana*, fué en aquel segundo decenio cuando ejerció la máxima influencia filosófica, terminando por fundar el *Giornale critico della filosofia italiana*, y fué en su peregrinación por las Universidades de Nápoles, Palermo, Pisa y Roma, donde arrojó aquellas semillas y dejó aquellas levaduras que luego germinaron y fermentaron en doctrinas originales, algunas de las cuales se formaron en nutridas discusiones y vivaces polémicas durante el segundo veinte-

nio, mientras otras alcanzan ahora, en este último decenio, su expresión más rica y madura.

En el período napolitano de Gentile se le acercó Augusto Guzzo, alumno de Maturi, quien fué discípulo directo de Spaventa. Guzzo, en el segundo veintenio, participó vigorosamente en la polémica suscitada por el actualismo gentiliano haciendo valer exigencias nuevas y originales, especialmente de carácter moral, y está ahora publicando una serie de volúmenes en los que condensa su propio pensamiento dirigido a defender un idealismo que, en gnoseología, no es opuesto a aquel realismo implacablemente rechazado por los gentilianos, y no lo es precisamente porque no se restringe a la vida cognoscitiva sino que se extiende a una justificación de la experiencia en su integridad, vista en la variedad de las actitudes, de las formas y de los valores que de ella surgen.

A la escuela palermitana de Gentile pertenecieron Vito Fazio-Allmayer, Giuseppe Saitta, Giuseppe Lombardo-Radice y Ernesto Codignola; la actividad filosófica de éstos dió sus máximos frutos en el segundo veintenio. Mientras Fazio y Saitta llevaron el actualismo a sus consecuencias extremas, acentuando y absolutizando en él su aspecto inmanentista, Lombardo-Radice desarrolló una pedagogía que tuvo mucha influencia y Codignola contribuyó a la difusión del pensamiento gentiliano y a su penetración en los estudios de historia de la cultura.

Al período pisano de Gentile se relaciona Armando Carlini, quien después de aceptar del actualismo el concepto de la concreticidad del acto, desarrolló un espiritualismo que en el acto concreto pone a la luz un doble contraste entre interioridad y exterioridad y entre espiritualidad humana y espiritualidad pura, de manera que el acto llega a ser la persona que vive en el mundo y al mismo tiempo se inviste de validez en una síntesis existencial de valor. Con lo cual Carlini, cuyo pensamiento se explicitó en el segundo veintenio, tomó un sendero que, desviándolo del actualismo, lo acercó a las corrientes espiritualistas católicas y le permitió figurar entre los primeros que miraron con interés al existencialismo.

Durante el período romano de Gentile se le acercaron, primero Gaetano Chiavacci y Vladimiro Arangio-Ruiz, quienes unieron doctrinas gentilianas a exigencias de vida derivadas de su desdichado común amigo, Carlos Michelstaedter, y más tarde Franco Lombardi, que introdujo en el actualismo gentiliano una exigencia de neto sabor

humanístico. En este mismo período Gentile tuvo en su escuela a Vincenzo La Via, fundador de la revista *Teoresi*, y quien del mismo actualismo desarrolló una instancia que lo condujo a la que él acepta como filosofía perenne; Felice Battaglia que a través de estudios de filosofía del derecho llegó a un espiritualismo católico cada vez más atento a los problemas del existencialismo; y Ugo Spirito y Guido Calogero, quienes del actualismo desarrollaron mediante un proceso de disolución interna un problematicismo crítico y un moralismo absoluto, respectivamente.

Las obras más importantes de Spirito y Calogero pertenecen precisamente a este último decenio. Spirito, que ha dedicado cerca de treinta años de ininterrumpida actividad al *Giornale critico della filosofia italiana*, del que actualmente es director, tras un período de intransigente fidelidad al actualismo y de aguda meditación sobre problemas de derecho y de economía, se convenció de que la filosofía, que es para él, como para el actualismo, autoconciencia, no está lograda aún porque deja fuera de sí misma a la vida en la cual estamos. La vida es conciencia, es decir: inmediatez, sueño, arte, gusto moral, y tiende a la autoconciencia, es decir, a lo absoluto, sin alcanzarlo; de esta suerte a la vida le queda como única filosofía posible la conciencia de su propia problematicidad; y de aquí surge el problematicismo crítico para evitar igualmente escepticismo y dogmatismo. Calogero, que ha expuesto sistemáticamente su pensamiento en tres muy recientes volúmenes de *Lecciones de filosofía*, convencido de que la estructura del conocimiento implica la insuperabilidad gnoseológica del yo y por consiguiente lleva al solipsismo, busca la superación de este último en el gusto del altruísmo y en la recíproca educación, es decir, en la actividad moral que instituye, al reconocerlas, la multiplicidad de las personas; de aquí su moralismo absoluto a fin de evitar el solipsismo.

Estos discípulos romanos de Gentile fueron también discípulos de Bernardino Varisco, quien, en un comienzo matemático y estudioso de los problemas de la ciencia según una severa ortodoxia positivista, reconoció más tarde que la ciencia no puede satisfacer ni reprimir una vida como la del espíritu hecha de exigencias morales y religiosas, alcanzando finalmente una forma de teísmo y pluralismo

de los sujetos conscientes que tuvo influencia notable sobre una pléyade de pensadores. Primero entre éstos fué Pantaleo Carabellese, quien, especialmente en el segundo veintenio, desarrolló en polémica con el actualismo, aunque bajo su fuerte influencia, un idealismo concreto que se esclareció después como ontologismo, donde se afirma una pluralidad de las conciencias todas conscientes del único Ser, que es Objeto, Idea, Dios.

Desaparecido Carabellese el año pasado, el filósofo que ha heredado y desarrollado en forma original los problemas más que los temas de Varisco es Gallo Galli, quien, en polémica con el realismo, el intelectualismo y el activismo, estudia la estructura de la vida espiritual teniendo en cuenta la doble exigencia de la unidad del acto pensante y de la multiplicidad de la experiencia. Fiel a las enseñanzas de Varisco es Enrico Castelli, director del Instituto de Estudios Filosóficos, de las revistas *Archivio di filosofia* y *L'indagine*, así como de numerosas colecciones editoriales, y quien permanece atento a todas las afirmaciones, viejas y nuevas, del voluntarismo antiintelectualista, a la vez que es intérprete del origen de la crisis contemporánea, que consiste —según él— en un merecido fracaso de la fe en la razón; de aquí su reciente interés por el existencialismo que trata de defender bajo la original forma de un existencialismo teológico.

Si al idealismo de procedencia hegeliana, como el de Croce y Gentile, Varisco opuso durante el primer veintenio un idealismo espiritualista de muy otra entonación e índole, el idealismo religioso, elaborado en aquellos mismos años por Piero Martinetti, abrió un camino totalmente distinto que frecuentan destacados pensadores italianos.

Figura eminente entre los discípulos de Martinetti es Antonio Banfi, hombre de amplísimos intereses intelectuales y culturales, abierto a las más diversas y nuevas corrientes del pensamiento mundial, fundador de la revista *Studi filosofici* y director de importantes colecciones editoriales activas especialmente en este último decenio. Banfi profesa ahora una forma de racionalismo crítico, entendido como radical problematización, en el que introduce el espíritu del marxismo: la función de la razón consiste en elaborar las categorías y las estructuras que den cuenta de la experiencia en su inagotable riqueza sin caer en la rigidez de una sistemática clausa.

Entre los otros discípulos de Martinetti, Giovanni Emanuele Barié ha llegado recientemente a una concepción del yo trascendental no único sino múltiple en los sujetos concretos; y Umberto Padovani, que heredó del pensamiento de Martinetti especialmente esa particular atención hacia el problema del mal, se ha inclinado ahora a una forma de realismo tomista integral.

Coetáneo de Martinetti y muy fiel a su herencia espiritual es Gioele Solari, cuya escuela cuenta con pensadores como Norberto Bobbio, director de la *Rivista di filosofia* (la más antigua de las revistas filosóficas italianas y que dirigió el mismo Martinetti durante casi veinte años), que aplica el método del análisis fenomenológico a los problemas de la filosofía del derecho.

Contemporáneamente al florecimiento inicial del idealismo crociano se ha ido afirmando, en los primeros veinte años del siglo, un espiritualismo de intenciones religiosas por obra de Francesco De Sarlo. Éste, con su revista *La cultura filosofica*, atrajo en el primer decenio la atención de los estudiosos italianos sobre las direcciones más modernas de la filosofía europea y contó con un equipo de discípulos y colaboradores cuya labor produjo efectos duraderos sobre la filosofía italiana.

Tres de éstos enseñan en la Universidad de Florencia: Eustachio Paolo Lamanna, autor de una extensa *Storia della filosofia*; Giovanni Caló, pedagogo; Gaetano Capone-Braga, autor de un realismo teísta. Otro de los pensadores más originales salidos de la escuela de De Sarlo es Antonio Aliotta, director durante casi veinticinco años de la revista internacional *Logos*. La riqueza del pensamiento ágil y moderno de Aliotta se advierte no sólo en sus libros, destinados a presentar su doctrina, la cual se desarrolla según una línea que, de una afirmación de pluralismo va hacia una forma de relativismo y se ahonda luego en un experimentalismo, para tender ahora hacia un renovado espiritualismo cristiano, sino también en la vivacidad y variedad de los impulsos espirituales que supo hacer gravitar en los pensadores formados en su escuela y que han llegado después a filosofías originales y diversas, al punto que una buena parte de la filosofía italiana de hoy está determinada por las polémicas que ellas libran entre sí.

A la escuela de Padua, de Antonio Aliotta, pertenecieron Luigi Stefanini, Renato Lazzarini y Galvano Della Volpe. Los dos primeros, que precisamente en estos últimos años vienen exponiendo en forma resuelta y definitiva su pensamiento, concuerdan en una común afirmación de espiritualismo cristiano; Stefanini con una metafísica de fuerte entonación estética que justifica la especial atención que presta a los problemas del arte; Lazzarini con una meditación de declarada entonación voluntarista y mística acerca de los problemas morales y religiosos. En cambio, Della Volpe, después de su acercamiento al pensamiento gentiliano, ha pasado ahora, y a través de una personal experiencia existencialista, a una forma de marxismo extraído directamente de los textos filosóficos de Marx, fiel y agudamente interpretados.

Alumno de Aliotta, en Nápoles, fué entre los principales Nicola Abbagnano que desde hace diez años es maestro de un existencialismo italiano que él mismo no sólo ha teorizado científicamente en sus obras sino también difundido a través de colecciones editoriales que dirige y encuestas promovidas en revistas y diarios. Luego de haber corregido agudamente diversas direcciones de la clásica filosofía alemana de la existencia y esto mediante los conceptos de norma, valor y estructura, tiende ahora a unirla con su análisis existencial, el cual, como se ha visto en las dos importantes comunicaciones presentadas a este Congreso, está basado sobre el concepto de posibilidad, los problemas de la ciencia y de la metodología, en una síntesis que llama existencialismo positivo.

Otro discípulo de Aliotta, en Nápoles, además de Cleto Carbonara y Nicola Petruzzellis, éste espiritualista cristiano y fundador de las revistas *Noesis* y *Rassegna di scienze filosofiche*, es Michele Federico Sciacca, antes codirector de la revista *Logos* y fundador hace pocos años del *Giornale di metafisica*, que recoge la colaboración de estudiosos de todo el mundo. Sciacca es hoy en Italia el más vivaz y activo defensor del espiritualismo cristiano y del renacimiento de la metafísica, renovada por la conciencia de la necesidad de afrontar los problemas modernos y por la conciencia de la perennidad de la tradición agustiniana.

Este espiritualismo cristiano, sin dejar de respetar al tomismo, se aleja de la filosofía tomista propugnada por la escuela filosófica de la

Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán, además de algunas otras de las muchas Universidades pontificias, cada una de las cuales publica una revista filosófica. La Universidad Católica, dirigida por un psicólogo ilustre como Agostino Gemelli, director de la *Rivista di filosofia neoscolastica*, que en el segundo veintenio asumió la tarea de la polémica antiidealista, insistiendo especialmente en el aspecto gnoseológico, se ha nutrido de la meditación de Olgiati y Masnovo, maestros de muchos estudiosos entre quienes se destaca Gustavo Bontadini, defensor de una metafísica de la experiencia de carácter abierto y moderno. Estudió en la Universidad Católica el director de la revista internacional *Sofia*, Carmelo Ottaviano, crítico del actualismo y autor de una metafísica del ser parcial. Formado en otra escuela pero llegado a una metafísica tomista está Carlo Mazzantini, cuyo pensamiento tiende a reunir en una síntesis los resultados del pensamiento griego con los del pensamiento cristiano, para abrirse a las más recientes solicitaciones del pensamiento contemporáneo tales como el existencialismo.

Esta reseña, que no quiero terminar sin recordar a pensadores que se dedicaron a problemas particulares, como Giorgio del Vecchio, maestro en los estudios de filosofía del derecho, y Rodolfo Mondolfo, agudo historiador de la filosofía, se ha visto obligada a presentar en un tiempo muy breve argumentos demasiado variados y numerosos para poder ser condensados orgánicamente en un todo completo. Sin embargo, su mismo esquematismo me parece que hace resaltar con bastante claridad los caracteres de la actual situación filosófica italiana, que son en conjunto los siguientes:

Uno de los grandes privilegios de la filosofía italiana de hoy consiste en la ausencia de una filosofía dominante y en la presencia de una multiplicidad de corrientes. No hay ni monopolios, ni idolatrías, ni modas, de suerte que la polémica interna está basada sobre una serie de contralores recíprocos que mantienen alerta al espíritu crítico y constante el ahondamiento en el propio pensamiento, sin dogmatismos, inercias o abdicaciones; y el mismo interés por la filosofía extranjera asume el carácter de una apertura fecunda y vigilante exenta de provincialismos tornadizos y *snobistas*.

En segundo lugar, la filosofía italiana de hoy puede ofrecer a

quien esté ansioso y tenga curiosidad por penetrar en las vicisitudes culturales, a las que los tormentosos problemas actuales imprimen tan desconcertante y tortuosa variedad, un panorama bastante vasto de las peripecias filosóficas, a través de las cuales pasa el pensador atento a los problemas de la hora y deseoso de tener en cuenta la situación histórica que vive. Se encuentran en ella ejemplos de los más diversos itinerarios filosóficos; se ve cómo se ha llegado al marxismo tanto por un culturalismo racionalista cuanto por el actualismo avezado en contactos existencialistas, y cómo al espiritualismo se puede llegar tanto por el actualismo cuanto por el relativismo; se ve cómo la posición tomista puede ser recuperada a través de experiencias idealistas y existencialistas, y cómo puede llegarse al existencialismo a través de experiencias idealistas, irracionalistas o voluntaristas, sean laicas o religiosas; se ve cómo en una común profesión de problematicismo se encuentran marxistas, no marxistas y antimarxistas, y cómo la común etiqueta de espiritualismo cristiano alcanza a pensadores de muy diverso origen, por no decir opuestos; se ve cómo el Cristianismo puede ser recuperado a través de la misma problemática que, en cambio, ha conducido a otros a una posición netamente anticristiana. En suma, todas las peripecias que el pensador atento a los problemas de hoy se figura como posibilidades, cuando presta oído al carácter crítico y dialéctico de la propia indagación problemática, se encuentran en la actual filosofía italiana igualmente representadas con una evidencia típica y por esto mismo digna de estudio.

Otra ventaja de la filosofía italiana de hoy reside en que el idealismo italiano ya contenía, en gran parte y por lo menos en estado problemático, aquellos motivos que los movimientos más recientes de la filosofía mundial, como el existencialismo, el espiritualismo o el neomarxismo, han traído a la luz. Para muchos ambientes filosóficos de hoy estos recientes movimientos significan la impostación del problema de la historia, de la existencia concreta, de la vida espiritual, de la problematicidad del pensamiento, de la validez de la razón en el contexto concreto de la historia y de la vida. Ahora bien, estos problemas ya estaban presentes, algunos explícitos y otros ocultos, en el idealismo italiano, de manera que su desarrollo autónomo y el de las corrientes contrarias, pero siempre ligadas a él, ha logrado espontáneamente muchos de los resultados establecidos por aquellos movimientos o ha discutido de modo original muchos de los problemas que allí se

adelantan. El idealismo italiano se caracterizaba no sólo por la identidad de pensamiento y realidad, sino también por el hecho de que hacía consistir al espíritu precisamente en esta identidad, al espíritu entendido como historia y como vida. Esta identidad, bajo la acción de otras corrientes o por un proceso de disolución y de revisión interna, hallábase escindida. Así, se ha problematizado la realidad, ha surgido el problema de la validez del pensamiento, se ha separado el espíritu del *logos* y se ha disuelto el espíritu en la historia y la vida, se ha estudiado la inmanencia de la razón operante en el mundo de la historia y de la acción. Así, la crisis del actualismo dió origen o cedió el puesto a nuevas formas de pensamiento: idealismo renovado y espiritualismo cristiano, existencialismo positivo y existencialismo teológico, racionalismo crítico y problematización, marxismo reencontrado a través de diversas experiencias y neoescolástica atenta a los problemas modernos, neopositivismo y metodología. Entre estas diferentes direcciones la polémica se hace vehemente y la discusión fructífera, ayudada no sólo por el hecho de que el mundo de hoy es rico en contrastes cuyos verdaderos términos son doctrinarios y filosóficos y cuyas soluciones son por consiguiente hallables sólo filosóficamente, sino también por el hecho de que en Italia la filosofía universitaria no es extraña a la vida.

Así el pensamiento se une a la vida en una fecunda colaboración, que por lo demás se ve confirmada en el mismo contenido especulativo del pensamiento italiano actual. En efecto, si es verdad, como se puede demostrar, que los problemas concretos de hoy dependen del tratamiento y de la solución de la problemática posthegeliana, se puede decir sin temor que la filosofía italiana contemporánea goza en tal sentido de una especial ventaja, no sólo porque desde hace ya tiempo ha reencontrado y discutido nuevamente a Hegel, a la luz de la problemática posthegeliana del siglo pasado, sino también porque ahora, con la crisis de este especial neohegelianismo, se encuentra por segunda vez en la discusión de aquellos problemas que la centralidad de Hegel en la filosofía contemporánea impone a la conciencia filosófica actual y que, en otros países, sólo hoy llegan a ser discutidos por vez primera.